

La ligereza en la obra de don Eladio

Como con tantos otros uruguayos, a veces precisamos saber cómo valoran afuera a Eladio Dieste, fallecido el pasado miércoles, para convencernos de su importancia. Transcribimos aquí un artículo extraído de una serie sobre nuestro compatriota, escrita por arquitectos españoles en Web architecture magazine N° 7 (<http://web.arch-mag.com/>). Podríamos haber elegido otras de las decenas de páginas web dedicadas a Dieste.

Juan Martín Piaggio

La luz en la cual nacen las arquitecturas de Eladio Dieste tiene una intensidad comparable a la luz que baña las orillas meridionales del Mediterráneo: la latitud de Montevideo es 38° de latitud sur. La técnica de la cerámica armada que él ha perfeccionado lo ha llevado, durante cincuenta años de experimentos (y más de un millón de metros cuadrados cubiertos) a llevar la luz del día hasta el corazón de sus edificios de varios modos originales, "inventando" la luz teñida por el ladrillo.

Dieste ha podido obtener este resultado, desde el punto de vista tecnológico, porque ha siempre trabajado con finas cáscaras de ladrillo, que resisten por forma y no por masa.

Si hubiese debido absorber mediante la masa el empuje de las bóvedas, no hubiera podido alejarse, para iluminar los interiores, de las soluciones que ya los romanos habían perfeccionado, las más célebres de las cuales son el ojo del Panteón, en Roma (construido empero con cemento alivianado con piedra pómez), o la cúpula de Santa Sofía, en Constantinopla que, construida con "botellas" cerámicas, lleva al límite de ligereza la tecnología de la cerámica no armada. O bien, para citar una solución repetida infinitas veces, las ventanas termales, constituidas de un gran arco sostenido en sus riñones con dos pilares, retomadas durante el renacimiento como estilema de la clasicidad (Palladio en la villa Malcontenta), y que yo encuentro muy poco agradables. Dieste, confiando en un fino instinto estructural, y sin utilizar las computadoras que hoy seguramente se ocuparían de elaborar los cálculos, ha realizado bóvedas livianísimas de cerámica armada de 50 m de luz y 12 cm de espesor (8 de los cuales vacíos); creo que hasta un profano nota la total anomalía de estos datos. Ondulando la sección, Dieste ha creado con absoluta naturalidad una cubierta a "shed", en la cual el extradós de una bóveda refleja la luz hacia el intradós de la sucesiva, obteniendo resultados que jamás he visto aún en los hermosos prefabricados de hormigón precomprimido con que se construyen los galpones en Europa. Se llega así al corazón del problema: la ligereza.

La búsqueda de la ligereza es una de las características básicas de toda la ideología de la modernidad, tanto que se vuelve en un fundamento ético de la disciplina: basta pensar en toda la obra de Paul Klee, donde un rápido trazo contiene ya toda la densidad del universo: para él (cito un alumno suyo del Bauhaus) la obra debe siempre ser un poco mágica, debe encantar. O se piense en Brancusi, el cual aun siendo escultor, y por ende ocupándose de materia inerte y pesada, dice: "Lo difícil no es hacer las cosas, sino ponerse en condición de hacer las cosas"; o en Matisse, que decía que no pintaba las cosas, sino el espacio entre las cosas. O aún en Vladimir Tatlin y su "Letatlin", fantástica máquina voladora con propulsión humana, o en su diáfano monumento a la Tercera Internacional, en cuyo corazón las aulas de los representantes del pueblo ruedan suspendidas en el vacío. El dato que acomuna a todos estos maestros de la ligereza es, yo creo, una atención hacia el proceso, hacia el concepto, hacia el pensamiento, como vehículo para el obrar. O se piense en las maravillosas estructuras de Eiffel. En el caso de los ingenieros, es más, el fundamento ético se apoya sobre bases numéricas muy concretas: Dieste ha construido la mayor parte de sus edificios ganando las licitaciones con su empresa, y sus soluciones eran por consiguiente las más económicas. Pero la metafísica de la ligereza está siempre presente en Dieste. Cito de algunos textos suyos: "Para que algo llegue verdaderamente a tocar el corazón de la gente simple, debe poseer una ligereza, una facilidad misteriosa, una suma simplicidad, algo así como una danza sin esfuerzo y sin cansancio". Como decía San Agustín: "Lo hermoso es el esplendor de lo verdadero".

Este también es un leit-motiv de la modernidad. La ligereza, empero, siempre se obtiene a costo de un gran esfuerzo intelectual, y esta es acaso la lección más actual, y más universal, de Dieste, que lo acomuna a los maestros citados antes. Quisiera cerrar aquí estas reflexiones citando al "superliviano" Italo Calvino, en la primera de sus Lecciones Americanas: "La ligereza, para mí, se asocia con la precisión y la determinación, y no con lo vago y el abandono al azar. Paul Valéry ha dicho: 'Hay que ser liviano como el pájaro, y no como la pluma.'"



